

PREMIOS PYRENAICA 87

Accésit del Concurso de Artículos sobre «La Montaña y el Medio Ambiente» en castellano



La gran sonata

LOURDES GARATE AZURMENDI

EL mágico otoño nos trae a los humanos, mensajes, caminos, colores y momentos distintos a los de cualquier otra estación del año, por ello ahora que vamos a empezar a vivir su variación de color, quisiera que todos fuésemos un poco más «hojas de otoño» que salen de sus ramajes a recorrer con el viento otros caminos, a descubrir nuevas sensaciones, a dejarnos mojar por la lluvia disfrutando, y a saber viajar como ellas,



con libertad de movimiento.

Hoy hemos salido decididos a ser un poco «hojas de otoño» y estamos en Araoz, para subir hasta **Haitzulo**.

Haitzulo es como un gran ventanal ovalado entre las paredes que se levantan en Araoz, **Haitzulo** invita con gesto cariñoso a subir hasta él para apreciar y vivir desde las alas que ofrece, la caricia del sol, el canto de las golondrinas, el silencio, un masaje fino de aire y el grito, tu propio grito.

Nos vamos acercando a la base de las paredes para recorrer el borde de las mismas hasta el final, y desde allí empezar a subir hacia nuestra meta. Al ir recorriendo vemos a la Naturaleza reunida: hay unos árboles cuyas raíces salen vistosas sin ocultarse, mostrando lo que son, y expresando sin temor lo que piensan; su tronco es fino y de él salen largos ramajes que trepan por las paredes de la roca en dirección al cielo, haciendo de la escalada un sím-

bolo bello; opinan que quieren sentirse más cerca del sol y van a seguir compenetrándose con la roca en su fuga, el río no ha venido a la reunión, ha mandado un mensaje con las hojas, dice que se está muriendo, y desde su agonía reclama al hombre el color de su agua, el sabor a mantial y el canto de la lluvia fina.

Según vamos avanzando, vemos que el viento también está en la reunión, emitiendo sonido de tambores; nos detenemos a jugar con unas flores pero sin arrancarlas y les preguntamos qué es lo que pasa y desde la sencillez que les caracteriza nos responden: «hoy la Naturaleza está reunida», los tambores del viento siguen resonando por todo el valle, se oyen por la sierra de Aizkorri, por Aloña, Andarto..., es un eco triste que baja hasta Araoz y te sensibiliza.

A la reunión han llegado también unos árboles en solitario y otros en manada, como hombres y mujeres hay en la tierra, otros están callados con los brazos extendidos y en círculo, como el sol, y toda la reunión está extendida a través de valles unidos, entrelazados, mostrando un escenario de unión.

El silencio también está con su voz callada hablando, solidarizándose con todos los reunidos, al grito de ¡Queremos nuestro espacio para vivir!, los pájaros no cantan, han anunciado también su día de lucha, sólo revolotean con cortos vuelos rítmicos al son del eco, reclamando aire limpio, sin partículas extrañas que les hagan sentirse despersonalizados en su propio medio.

Dos árboles de korosti han venido desde la sierra de Araba para recordar a los hombres el respeto; es fundamental, comentan, que para la convivencia una de las normas más elementales es la del respeto. Nosotros también tenemos vida y por caprichos absurdos de los hombres, nos cortan las ramas, cortándonos vida; y mirando al gran techo de las estrellas piden al anochecer que recojan su voz y la hagan extensiva al mundo del hombre, sobre el tipo de sociedad que está construyendo.

La lluvia llora ácida, sus lágrimas bajan a la cita posándose sobre la tierra, formando barro, lágrimas espesas, pesadas, de los ojos de las nubes negras, lágrimas de la Naturaleza como símbolo de la no violencia, reclamando amaneceres azules, con techos de nubes, sin tejados de humo.

Cada paso que damos según vamos llegando a **Haitzulo**, es un reafirmarnos con el comunicado que la Naturaleza ha elaborado y va a hacer extensivo; la noche nos está llegando cuando entramos en la cueva de **Haitzulo**, y asomados al ventanal oímos desde la cima la riña del mundo, entre destrucción y progreso, y sintiéndonos parte de la Naturaleza gritamos ¡BASTA!, reclamando con nuestro propio grito, el espacio para todos los que componen y colaboran de alguna manera a poner la nota en el pentagrama de la gran sonata «La Naturaleza», que nadie pueda callarla y que en todas las generaciones se pueda oírla, sentirla y amarla.